

sugestion periodística se realiza á nuestra vista sin que nadie lo advierta.

Pasan los franceses, segun se les antoja á sus periódicos de la más grosera jactancia al más increíble achuchamiento.

Pocos años há podia ver el extranjero toda una ciudad alborotada, aullando, silbando al pasar un soberano que era el huesped de Francia. Nada absolutamente nos debia aquel soberano; no habíamos derramado nuestra sangre por él como por el rey de Italia; habia hecho pura y sencillamente lo que hacen todos los soberanos de Europa: habia aceptado ser coronel honorario de un regimiento prusiano. El principe de Gales á quien París recibe espléndidamente, es tambien coronel prusiano, coronel de los húsares de Blücher, sino me equivoco. El emperador Guillermo, no solamente era coronel de un regimiento ruso, el regimiento de Kalouga, sino que tenia en un grande aparador el uniforme de los regimientos de todos los países, cuyo jefe titular era. Los gacetilleros judíos han ido piadosamente á husmear aquellos desechos en el armario y han escrito mucho sobre el particular.

Excitado París como por patriótico delirio regañó los dientes á Alfonso XII. «¡Abajo el hulano! ¡Abajo el hulano!» La embajada de Alemania tenia interés en crear un incidente; esperaba que en el alboroto, un exaltado disparase contra el rey; habia distribuido dinero á la prensa judía y habiase organizado la manifestacion.

Mirad á otro lado y decidme si es posible encenagarse más servilmente á los piés de un enemigo de lo que hizo la Prensa en los momentos de morir Guillermo y durante la enfermedad de Federico III. Decidme si es posible olvidar más completamente toda dignidad, todo lo que hace á una nacion fuerte, el recuerdo de los más crueles lutos, la piedad para con los muertos, el justo resentimiento de tantas

humillaciones sufridas y de tantas atrocidades cometidas en nuestro suelo.

No se contenta la Prensa con saludar fria pero dignamente al anciano Kaiser que cubrió nuestro país de ruinas; se tira sobre su ataud y hace de plañidera pagada. Wolff, el Naturalizado de ayer, á quien la más elemental decencia debiera mandar callarse, se tiende en tres largas columnas acerca de este Emperador «que no es un Emperador á secas, sino un Emperador particular,» y que nos lo presenta en un sitio donde Wolff seguramente no le vió, en medio de la batalla de Sadowa, «desafiando la metralla en pié sobre sus estribos.»

Despues de los muertos les toca el turno á los vivos. La emperatriz Victoria habria salvado del suplicio á todos los franceses cuando ya tenian la soga en el cuello, como lo hizo la mujer de Eduardo III para los menstrales de Calais, con que no se le prodigarian tampoco elogios.

Tocante al Unser Fritz, «nuestro Fritz» de la guerra de 1870, tiene todas las virtudes, y otro judio naturalizado, Blowitz, á quien el *Univers*, por lo demás, ha vigorosamente apaleado con tal motivo, declara que Francia se debe á si misma demostrar *ardiente simpatía* á ese degollador de tantos franceses.

Detrás de estas frases, véense aparecer y levantarse indignados del fondo de su tumba, abierta apresuradamente á orillas de un camino, en el extremo de un seto, no los soldados muertos peleando, sino los aldeanos, los franco-tiradores, los sacerdotes asesinados con menosprecio de todas las leyes de la guerra: se levanta un desdichado anciano de ochenta años, M. Perrony, á quien encuentran en el camino de Chavannes en el Orleanés, y á quien se quiere obligar á que indique dónde está el ejército francés.—¿«Dónde está el enemigo?»—El enemigo sois vosotros. «Y se le mata á sa-

blazos (1). Se levantan los habitantes de Bougival, fusilados sin motivo y á quienes se levantaba un panteon el año pasado; entre otros muchos sacerdotes, el infortunado párroco de Cuchery, fusilado porque un aldeano habia disparado un fusil contra un regimiento prusiano de requisicion en Belval (2). Se levantan los aldeanos de Vaux-Villaine, encerrados en una iglesia y obligados á designar ellos mismos tres rehenes á quienes se fusila. Acerca de esta escena se han publicado espantosos pormenores.

Citarianse miles de hechos de este género y bastaria volver á leer la protesta de M. de Chaudordy ó abrir los *Prusiens chez nous*, de Eduardo Fournier la *France Martyre*, del Julio Lermina, ó hasta un libro reciente de Lavissee. *Essai sur l'Allemagne imperiale*, en que el autor, muy moderado, como es notorio, recuerda la muerte de un pobre comerciante apreciado de todos en Amiens y que habia procurado defender su tienda contra unos soldados borrachos. Fusiláronle debajo de las ventanas de los rehenes encareados en la ciudadela de Amiens y á quienes se prometia igual suerte. Para esa ejecucion escogieronse jóvenes reclutas llegados de Alemania y á quienes se quiso procurar el gusto de matar un francés.....

En semejantes condiciones, una Prensa que se respetara se abstendria, indudablemente, de injuriar á un muerto y

(1) *Los Prusianos entre nosotros.*

(2) «Carlos Miroy, párroco de Cuchery, de 42 años de edad, á cuya parroquia pertenece Belval y que habia ocultado y distribuido armas á los habitantes, ha sido detenido como instigador de actos hostiles y en virtud de un fallo del consejo de guerra fusilado esta mañana por crimen de alta traicion para con las tropas alemanas.

«Reims, 12 de febrero 1871.

«El gobernador general,
«DE ROSENBERG-GRUSZCZINKI.»

á un moribundo (1), pero se abstendria tambien de cantar con entusiasmo, como lo hacen ciertos periódicos, las diversas mucosidades, purulencias y pestilencias, que salian de la boca del Kronprinz.

Cuando ocurrían todos estos horrores, el Príncipe imperial tenia la edad de hombre; era el segundo personaje del Estado, jefe de ejército. La publicacion de su *Diario*, si empequeñece algo á Bismarck demuestra que el Príncipe heredero tenia bastante autoridad para hacer que Guillermo aceptara, á pesar de todas las protestas, la idea de restablecer el imperio de Alemania; luego, pues, hubiera podido perfectamente intervenir é impedir las barbaries cometidas.

Cuando caían las bombas en Val-de-Grâce lleno de enfermos, cuando niños pequeñitos iban dando tumbos en el malecon del Maine y sus entrañas se desparramaban en el arroyo, este Príncipe á quien nos pintan tan sentimental estaba en Versalles en los Ombrages; no debia dar más que un corto galope hasta la Prefectura, donde habitaba su padre, para ir á decir al anciano Guillermo, simpático á Wolff: «¡Ya hay bastante!» y el Emperador á buen seguro hubiese escuchado á su hijo.....

Es preciso recordar que aquel bombardeo era un acto de mero salvajismo; no estaba en manera alguna justificado por las necesidades de la guerra ya que no era dudoso el éxito de la campaña, ni tenían los prusianos la intencion de

(1) Un judío alemán llamado Schwab, vice-cónsul de Francia en Montreal, en el Canadá, llevó la falta de pudor hasta mandar plegar el pabellon del consulado cuando la muerte del Emperador de Alemania. Los Alsacianos-Loreneses que en grandísimo número, han ido á buscar un refugio en el Canadá, protestaron con extremada energía y se dirigieron á Flourens, pero es dudoso que este, que no tiene muy desarrollada la protuberancia de la dignidad, les haya dado satisfaccion, sobre todo con motivo de un vice-cónsul judío.

dar el asalto y la capitulación no era sino cuestión de días. Una ley de justicia superior quiere que esos crímenes se expíen y el Kronpinz, ahogado por los apretones de la enfermedad, ha debido comprender que pagaba algo que debía. Mientras que para expresar su pensamiento, veíase reducido á recurrir á una pizarra, se diría quizás: «Si ahora no puedo hablar, es porque no hablé cuando debía, cuando mi voz hubiera podido arrancar de espantosa agonía á los pobres aldeanos á quienes se mataba como perros.»

¿Qué opinión pública quereis tener con semejante Prensa?

Sabido es como respondió Federico III á las bajas adulaciones de la Prensa judía francesa. Hizo lo que, en resumidas cuentas no había hecho el anciano Emperador, autorizó en la frontera de Alsacia Lorena las más odiosas y viles medidas.

En efecto, no debe olvidarse que ese Trajano, ese Tito, esas Delicias del género humano, vivía aún cuando comenzaron los ultrajes y los vejámenes. La masona Emperatriz hubiera podido interceder, sino por simpatía hácia nosotros, á lo menos para que la memoria de su marido quedara pura de esas vergüenzas; pero nada hizo.

Sería completamente inexacto decir, y no seré yo quien tal diga, que todos recuerdan esas escenas vergonzosas. Cuestión Schœneblé, atentado Kauffmann, todo esto penetra ahora en almas francesas como agua que se desliza sobre encerado.

Por orden de ese Emperador moribundo se prenden en la frontera hijos que van á enterrar á su padre. Una mujer de ochenta años se arroja á los piés de un carabinero prusiano para que le permita atravesar el Avricourt é ir al pueblo alemán que está enfrente á abrazar á su hijo que agoniza... La casa de la moribunda está á pocos pasos..... Por toda contestación, el carabinero levanta á la vieja á culatazos.

Ni siquiera encontró gracia una criaturita de cinco años, que se enviaba á su familia, ante los gendarmes alemanes y fué preciso enviar otra vez la pobrecilla á París.

Hasta una inglesa ha sentido el rigor cruel sin nombre inaugurado bajo ese reinado que debía volvernos á la edad de oro. Se la detiene en Deutch-Avricourt, pide á lo menos poder salir un minuto de la estación.—¡Imposible!....—Es preciso á toda costa que salga...—¡No saldréis!—Pero en fin... Y la púdica inglesa balbucea una confesión costosa.—¡Sea! señora, la Alemania es generosa, pero os acompañarán dos gendarmes y no os perderán de vista ni un instante.

Por lo demás, siempre terminan así las cosas con los Francmasones, príncipes, funcionarios ó simples particulares; comienzan por hablar de emancipar la Humanidad y acaban por privar á las personas de las libertades más necesarias.

Ante todos estos insultos no intentó absolutamente nada el gobierno republicano para afirmar su derecho á ser respetado. Solo tardiamente, y bajo la presión de la opinión pública, decidióse á tomar contra los extranjeros algunas medidas que probablemente no se pondrán jamás en práctica. Expulsábase á los coresponsales de periódicos franceses, pero no se expulsó á los coresponsales de periódicos alemanes que ejercen públicamente aquí el oficio de espías, que insultan á Francia noche y día (1).

(1) Pasma verdaderamente ver que llega un país al extremo de no atreverse ya á defenderse á sí mismo, ni aplicar sus propias leyes.

Siempre ha existido el espionaje y no han sido los alemanes sus inventores. Basta trabajar una hora en los Archivos del ministerio de Negocios extranjeros para maravillarse del modo con que Luis XIV había organizado en todos los países del mundo su sistema de informes.

A cada pueblo le corresponde protegerse y no faltan á esto los alemanes; á cada instante se falla entre ellos un proceso de alta traición. Fran-

¡Qué digo! este gobierno de judíos y de naturalizados continua dando á los alemanes auxilios que niega á desgraciados franceses. Los alemanes son los más numerosos de todos los extranjeros socorridos en París. De mil extranjeros inscritos en el registro de las oficinas de beneficencia, 10 son ingleses, 18 austriacos, 70 holandeses, 71 italianos, 11 españoles, 33 rusos, y 34 suecos mientras que 273 son alemanes.

Ante esta pobre Francia así maltratada á los piés del Germano piensa uno en la época en que Luis XIV pegaba fuego á Europa porque se había osado discutir el paso á su embajador; en el puesto que ocupaba todavía en el mundo el viejo rey vencido; en las vísperas del 89, cuando se firmaba en París el tratado que quitaba la América á la Inglaterra.

Vamos, Carnot, este es el momento oportuno para entonar la gran canción del 89. «Hasta el 89 era Francia la última de las naciones; hoy es gloriosa entre todos los pueblos.»

Los Clemenceau, Floquet, Anatolio de la Forge, Lockroy, á quienes tienen sin cuidado los ultrajes de Alemania, continuarán el estribillo despues del presidente.

cia no se atreve ya á juzgar á los espías detenidos en nuestro territorio. De cincuenta espías cogidos en flagrante delito el año pasado ni uno solo ha sido perseguido; los ministros se niegan á aplicar la ley del espionaje. El asunto Chatelain al que debiera haberse dado enorme publicidad, se trató á cencerros tapados. Jefes franceses han declarado que un soldado que hace traición á su país y vende el secreto de nuestras armas al extranjero, no merece la muerte. Un pobre hisoño, acostumbrado á no beber sino agua, estará beodo por haber tragado un vaso de absinthe adulterado, habrá levantado la mano contra su superior y se le condenará á muerte. Apresúrome á decir que los miembros del consejo de guerra que se mostraron tan indulgentes á favor de Chatelain no son probablemente responsables de dicho fallo que se les habrá impuesto quizás por el ministerio; pero ¿como se adivinan en presencia de esta impunidad asegurada á los espías que la traición está en el mismo gobierno!

Cierto que de vez en cuando hay algunas protestas de la prensa francesa contra la situación humillante que se nos ha creado, y, en el momento de la muerte del emperador Guillermo y del advenimiento de Federico III, dos periódicos cuya manera de ver no es generalmente igual, el *Univers* y el *Intransigeant*, se levantaron ambos contra los ridículos ditirambos cuyo valor debe saber la embajada de Alemania.

Parece muy natural que sea patriota el *Univers* porque es cristiano, pero esto asombra más en un periódico republicano como el *Intransigeant*.

Es así no obstante y lo consigno únicamente ya que es la verdad; porque, con motivo del proceso Dupuis, el redactor judicial de ese periódico se entregó respecto á mí á las afirmaciones más mentirosas, cuando un documento auténtico, un telegrama enviado cuatro días antes del encuentro, demostraba hasta la evidencia que yo lo había hecho todo por impedir aquel duelo funesto. El consejero Morand que presidía el tribunal, tenía el telegrama á la vista cuando se entregaba tocante á mí á inconvenientes reflexiones. Publicado que fué este telegrama guardóse muy bien de rectificar el redactor del *Intransigeant*, y la rectificación hubiese sido de la más estricta lealtad.

En mi concepto no tiene esto sino importancia secundaria, porque, si tengo el acendrado amor de la Justicia y de la Verdad, no tengo rencores personales.

Debe decirse que, para las cuestiones de política extranjera que están á veces bien tratadas en el *Intransigeant*, Rochefort consulta á menudo á un hombre de carácter recto y de mucho valor obligado á dejar la diplomacia porque, en los asuntos de Tunes, no quiso prestarse á los sucios baturrillos de los Oportunistas y no titubeó en anatematizarlos.

Hé aquí un hombre como nos convendría al frente del ministerio de Negocios extranjeros.....

Es un alsaciano como M. Rothan, con igual conocimiento de Alemania, é igual patriotismo ilustrado, pero con un elemento más artista, un don de comprender el lado pintoresco de los acontecimientos y la fisonomía distinta de los seres que no posee M. Rothan.

Después de haber desempeñado cargos importantes el diplomático de quien hablo se ha arreglado para no aceptar una sola condecoración de un gobierno extranjero y jamás ha recibido sino un solo regalo de un soberano.

El soberano que ofreció el regalo era el pobre rey de Baviera, quien amaba realmente á Francia, y á quien *suicidaron* en el lago Starnberg.

Al ir á la audiencia real el ministro de Francia en Munich, habiase detenido algunos minutos en el patio de honor del palacio para mirar los fusiles de nuevo modelo de los soldados de guardia. Terminada la audiencia, dijo el rey Luis al diplomático: «Voy á haceros un regalo y estoy cierto de que no lo rehusareis.»

Una hora después, el ministro de Francia recibia uno de los nuevos fusiles. Waddington habria vendido el fusil á Inglaterra, pero mi amigo lo desmontó él mismo y halló medio de hacerlo entrar en Francia.

Solo reprendo á ese diplomático tan francés de corazón y de alma por su pereza en no coger la pluma y no escribir los recuerdos interesantes que narra tan bien.

¡Cuántos pormenores ignorados en nuestra historia contemporánea! Cierta día, en una partida de caza con el rey, el general bávaro von der Thann dijo al ministro de Francia: «¡Pues qué! parece que vamos otra vez á cambiar tiros.»

—¡Cómo! ¿Qué quereis decir? ¿Os chanceais?

—De ningún modo. M. Thiers ha celebrado un consejo

de guerra en Versalles para consultar á los generales sobre el particular. Hé aquí cual ha sido la opinión de Canrobert, cual la de Ducrot...

Nuestro ministro abandona la caza, bajo un pretexto cualquiera, y telegrafía á M. Thiers. Tres horas después recibia un telegrama que le llamaba inmediatamente á Versalles.

Encuentra á M. Thiers fuera de sí.

—¿Cómo pudisteis saber esto?

El diplomático se explica.

Thiers confiesa que el hecho es perfectamente exacto. El anciano Thiers era un patriota á pesar de su perversidad de clase media. En el momento de entregar los últimos mil quinientos millones del rescate, habia pensado que mil quinientos millones son un auxiliar muy bueno para entrar en campaña; sabia que Europa estaba en excelente disposición y se arrepentia de haber tan fácilmente dejado aplastar á Francia en 1870 y habia pensado en comenzar otra vez repentinamente la guerra...

Para estar seguro de que no se cometiera ninguna indiscreción con motivo del consejo de guerra que habia reunido para discutir aquella cuestión, el Presidente habia encargado á su Señora y á Barthelemy Saint-Hilaire que estuviesen al acecho en las habitaciones. Esta precaución no le habia dado buen resultado y Prusia estaba bien informada pocas horas después de lo sucedido, en Versalles. Los Kaulla sirven lo mismo para un fregado que para un barrido..

No hay cosa que tanto embelese como hablar con esos hombres que han visto y cuyas narraciones exceden á todo cuanto pudiera soñar nuestra imaginación.

¡Qué exquisito episodio el primer empréstito tunecino de Erlanger! Habia convenido que Erlanger, fuera de los beneficios resultantes para él, se encargaría de fortificar á Túnez y vestir al ejército del Bey. Pasado algun tiempo se

desembarcaban cañones viejos sin cureñas que databan de Luis XIV, y que, incapaces de prestar ningún servicio, están todavía abandonados en el puerto de la Goleta. En cuanto á las provisiones militares, reduciáanse á un almacén de alpagatas de niños para baños de mar que el representante de Erlanger en Túnez ofrecía tranquilamente como calzado á los soldados del Bey...

No obstante, lo que más me ha maravillado en las conversaciones que he tenido con hombres que han intervenido de cerca en los sucesos de nuestra época, es la fuerza de voluntad, la especie de lógica propia de los dementes con que las personas poseídas de una idea fija van á su pérdida, abren su fosa, y preparan la catástrofe que les arrastrará.

Desde 1857 estaba tan perfectamente decidida la guerra de Italia, que el diplomático en cuestión, y que tenía entonces diez y ocho años, acompañaba á M. Waleski á Plombières para llevarle la pluma, al mismo tiempo que M. Nigra, en escribir allí el tratado de cesion de Niza y Saboya á Francia.

El desdichado Emperador, tan imprevisor en 1866, trataba directamente él mismo todo lo concerniente á Italia. Un día el jóven agregado llevó la cartera á las Tullerías.

—¿Qué haceis mañana, le dijo con flemma el Emperador.

—Nada, Señor.....

—¿Quereis partir para Génova, entregar esta carta á Menotti Garibaldi y regresar enseguida?

El jóven parte, encuentra en el muelle de Génova á Menotti que le esperaba y se vuelve.

—¿Qué habeis gastado? le preguntó el Emperador.

—Setecientos francos, señor.

—¡Ah! Pietri hizo el mismo viaje y me pidió 5,000 francos.

Pero lo que hay aquí más chistoso es que no se cobraron nunca los 700 francos.

En todo caso, se ve bien aquí, se sorprende infraganti al hombre que conspira contra sí mismo, que pasa su vida en correspondencia, hasta sin saberlo sus ministros, con Garibaldi y los revolucionarios Italianos.

Este es el fenómeno del hechizo de que hablábamos á propósito de los judíos en nuestra Introduccion. De la misma manera obra el Emperador de Austria: colma de honores á los Rothschild que han arruinado al Austria-Hungría y se respeta harto poco á sí mismo para ultrajar á los fieles Croatas que salvaron á los Halpsbourg en 1848, insultando á un anciano venerable como el Ilmo. Strossmayer á quien los Croatas llaman «el primer hijo de la Croacia y el padre de la Patria.»

Cuando hubo cometido esa baja accion la prensa judía dijo al Emperador de Austria que era muy fuerte y se lo creyó.....

A nuestra vista se producen hechos de igual orden. Esta pobre Francia que camina á su ruina, aleja de sí á todos los que podrian aconsejarla, servirla. El Hombre eminente, que siempre me ha anunciado lo que iba á suceder en Europa, se ha visto obligado á abandonar la diplomacia, y se tiene por embajador en Berlin al ridiculo Herbette que hace allí la figura de un criado, sin saber siquiera escuchar en las puertas como no dejaria de hacerlo un criado inteligente.

¿Cuál es el mérito de este Herbette? Con menosprecio de todos los reglamentos, desempeñaba á la vez el cargo de director en el ministerio de Negocios extranjeros y de administrador de la compañía del canal de Suez..... Segun el número de buques que han cruzado el canal durante el mes suben ó bajan las acciones. Herbette avisaba á Freycinet y le hacia ganar dinero. No se ha necesitado más para que este hombre haya sido nombrado embajador en Berlin.